

TIPOS ESPAÑOLES.



EL CIEGO.

¡El ciego! repetiran sin duda los lectores, ¿pues qué, las deformidades físicas son tambien tipos locales y especiales, sugetos á la investigacion del desenfadado pintor, que coloreando los retratos á su modo, los saca á la plaza pública, y no ciertamente con la mayor caridad? No, lectores míos, no se trata de poner en evidencia las desgracias ni las deformidades de nuestros prójimos. *El ciego* de que vamos á hablaros, no es un ser privado de un órgano precioso, que le inhabilita ó le desfigura en la sociedad; es al contrario un individuo dotado de una cualidad especial, *sine qua non*, que hace de él un ente privilegiado. En vano la niveladora revolucion, destruyendo todas las prerrogativas sociales, ha atentado contra aquellas, cuyo diploma y título fehaciente, tomó á su cargo espedir la misma naturaleza.

El ciego, en Madrid, no es un lisiado como el manco ó el tullido, á quienes no queda otro remedio que coger las vueltas á los dependientes de S. Bernardino, para implorar de la sorda caridad pública, tan impedida y lisiada como ellos, un miserable mendrugo, ó un ochayo mohoso; no, ante los ojos cer-

rados del ciego, se abre un vasto y espacioso camino, cuyas calles le es dado recorrer una á una, y aun, sin estar dotado de omnipresencia, varias á la vez.

El Ciego es artista, es comerciante, predicador religioso, severo moralista, y no pocas veces ardiente tribuno. Y ya maneja el arco de su violin, conmoviendo las cuerdas de su guitarra, ó echando por esos aires los no contenidos torrentes de su voz; ya con semblante compungido exhortando á la limosna á la puerta de una Iglesia; ya pregonando con picantes alusiones *La Guindilla* ó *la Posdata*, *el Huracan* ó *el Cangrejo*, *el Guirigay* ó *el Jorobado*; siempre atrae la atencion pública, siempre logra hacerse oír, siempre marcha rodeado de prosélitos.

El Ciego es pues una potencia: los ciegos forman una nacion con sus leyes y costumbres, enclavada en otra nacion mas numerosa, pero que en vano ha pugnado por ser admitida en su seno. Deshecho está, es verdad, el gremio que habian formado antiguamente; á favor de la chapa de laton en un tiempo, á favor de la desidia y el descuido en otro, han logrado *egercer la profesion de ciegos*, personas cuyos ojos distinguen

claramente los objetos materiales; pero son en tan corto número, está tan firmemente establecido el antiguo derecho, tal es la idea que de su justicia tenemos, que aunque veamos correr sin auxilio de lazarillo ni perro al que pregona la *extraordinaria*; aunque le veamos examinar, mas con la vista que con el tacto, el gastado real de plata que acaba de cambiar; si sus equívocas y misteriosas frases han esaltado nuestra curiosidad, y queremos *interesarnos por un ejemplar* del folleto que espande, damos nuestra destemplada voz al aire, en guisa de remedarlo, y le decimos; *Éh, ciego, aquí!* A lo cual el hombre convencido de la justicia de esta especie de protesta contra su invasión criminal, hñja sus ojos, y alarga su papel.

Empero, descartando estos ciegos intrusos, que de ningún modo hacen á nuestro intento de describir tipos originales en toda la pureza de su especie, pasemos revista una por una á las categorías de esta bien ordenada república. Tócale de derecho el primer lugar como magnate de alto rango, á D. Hilarion, ciego que va todos los domingos á tocar el piano á casa del Señor D. Timoteo Algarra, secretario de la Reina nuestra Señora, y Escribano Cartulario, cesante, de la villa de Chiloeches; en cuya tertulia es el foco principal del movimiento y de todas las intriguillas. «D. Hilarion, dice la venerable dueña de la casa, éste cotillon que va á bailar mi Mariquita, no quiero que dure mucho, porque se fatiga, y luego tenemos palpitaciones y esos malditos nervios, que no se habían descubierto en mi tiempo; á mas de que D. Agapito, que la va á sacar, no me gusta nada. Con todo su talento y sus versos y sus comedias, apostaré á que no sabe ni aun estender una carta dotal.» «Hilarioneito mio, salta por otro lado, bajando y suavizando todo lo posible su voz acontraltada Mariquita, mira que este cotillon que sea muy largo, entiendes?» Y el buen Don Hilarion descomosado de complacer á la mamá que paga, y á la hija que es tan amable, agita sus manos sobre el teclado, y hace brotar del vetusto mueble raudales de no muy apacible armonia, compensando con la velocidad del aire, la cortedad del tiempo prescrita. Pero se oyen las diez y media en el cueso del comedor; Don Timoteo que se levantó al amanecer para echar de comer á sus palomitas, y coger *in fraganti* poniendo á la gallina pinta, no puede ya tenerse en pie; Doña Sinforiana, su respetable esposa, desea tambien poner coto á los juveniles desmanes, que en tan abierta contradiccion halla con las costumbres del convento en que se educó; y á D. Hilarion se le intima la orden de tocar la *Galop* de despedida. En vano mil almiraradas vocecillas protestaban por lo bajo contra tan severo mandato. D. Hilarion cuyos ojos no anubla el sueño porque harto anublados se hallan de continuo, pero cuya cabeza empieza á bambolearse impulsada... por Morfeo iba á decir, sin acordarme que este Dios pertenece tambien á la clase de cesantes, impulsada por *Fernandillo*, diré mas bien, conformándome con el lenguaje de Doña Sinforiana, y acordándose del oloroso guisado que le aguarda en su quituto piso; no se deja esta vez seducir, y entonando con militar subordina-

cion la *Galop*, ó mas bien la fagüa, ciérrase el baile, en seguida el piano, y pocos segundos despues se oye á D. Hilarion llevar el compás sobre los escalones, con su contrahecho bambu, que es el último ruido que vuelve á sentirse hasta la hora de cantar el gallo, en la bienaventurada casa del Señor D. Timoteo.

D. Hilarion, que del modo referido se ganó un par de pesacillas, va el dia siguiente á ganar medio duro tocando el órgano en la funcion de iglesia, que hacen las Monjas de Nuestra Señora del Remedio, por ver si pueden alcanzarlo á su miseria, gracias á los buenos administradores, que los bienes comprados con sus dotes han baldado; y luego dando leccion de solfeo y canto llano al hijo del demandadero, afinando dos ó tres manucordios y un clave de cola, con mas años que martinetes, y dirigiendo algun concierto á toda orquesta de tres guitarras, una bandurria, un requinto y un violín, tañidos al tacto, es decir por individuos privados de la vista; se pasa D. Hilarion una vida como un papatacho, y alegre y decidor, lo mismo se le da de la luz, y del astro que la produce, con tal que sienta el agradable calor que derrama sobre sus espaldas en los claros dias del Enero, que de la cara del Gran Tamorlan.

Pero si D. Hilarion es el prócer de la república de los ciegos, tras de él viene Perico, ó el Señor Pedro, como le llaman sus vecinos, persona de la clase media, que digamos, el cual con la bolsa del violin colgando de la muñeca izquierda, otra llena de *curiosos romances y discretos tonos* pendiente de la garganta á guisa de cartelón de sentenciado, y acompañado la *Atala* á su mujer y á su chichelo, que egerce el doble empleo de tiple y lazarillo, van por las calles de Pontejos y del Patriota Manzanares (á qué no saben donde están, las tres cuartas partes de dos habitantes de Madrid?) hasta que observando reunida alguna gente, fijan sus reales y entonan la novísima canción de *Landauero* ó el puerto de la Habana, sin olvidarse de agitar á cada estrofa la bolsa del violin, convertida en receptáculo de monedas de vellon, donde va cayendo ya la generosa dádiva del aficionado de endurecida oreja, ya el precio de la interesante letra, cuyos ejemplos *están venales* en su ambulante almacén. Mas la escasa colecta no podria subvenir á los gastos de su manutencion y la de la familia, si en los dias festivos no bajara á Nuestra Señora del Puerto, ó subiera á los Tejares á tocar y cantar las *Manchegas*; ó fuera á Chamberí ó las Delicias á reforzar la orquesta del *Tío Fico*; con lo que, y con tocar el dia de año nuevo el *fandango y la jota* en casa de la *Manolita tinte en pie*; el 19 de Marzo, en casa de la *Pepa Fantésia*, recitando ademas la verdadera relacion de D. Pedro de Cárdenas; y en llegando la Semana Santa, la sagrada pasion en todas las esquinas; amen de lo que saca en las romerías de S. Isidro y S. Antonio; en las noches de S. Pedro y S. Juan, en que se coge la verbena; y en las expediciones que hace á todas las novilladas de los pueblos circunvecinos; tienen Vds. á mi buen Perico, ó Sr. Pedro, que si no alcanza tanta consideracion social como D. Hilarion, no lo pasa del todo mal, sino

que deje de imponer de cuando en cuando en la *Caja de Ahorros* sus cuartejos.

A par de estos *artistas*, se halla empadronado en el Aureo libro de la República, Eloy, maestro de engazar rosarios, y fabricante de horquillas, corchetes y cadenas de alambre, que tiene afinado su solar en la portería de una casa que tuvo portero *in illo tempore*, cuando Churriguera encargado de dirigir su portada, la enriqueció con cuantos frutos, flores y animales ha reconocido la botánica y la zoología, y pudo abortar la delirante fantasía de Mitólogos, Poetas y Pintores. Allí, este portento del quinto sentido, que para él es indudablemente el primero, y no digo el único, por temor que me desmienta su finísimo oído, se ejercita en manejar á un tiempo los alicates con que corta y retuerce el alambre, y la no menos temible tenaza de su boca, con que retuerce y corta la reputación de sus vecinos; estando al corriente de cuanto pasa en su jurisdicción, descubriendo por el ruido de las cuidadosas pisadas y el imperceptible rechinar de la puerta, las visitas nocturnas que, con buen fin por supuesto, hace D. Florencio á la linda viudita que vive en el entresuelo, inconsolable con la pérdida de su adorado Cornelia; sorprendiendo al vuelo un *amor mio* que *sotto voce* dijo al despedirse D. Torcuato, el Fiel de puertas, que vive en el cuarto segundo de la izquierda, á la niñera del principal; interrogando á esta, y á todos los criados de la vecindad; y ejerciendo una vigilante policía por medio de la agencia que de ellos tiene establecida, y cuyos derechos de cuatro reales de vellón, que cobra de cada parte contratante, no son sus menores emolumentos; está nuestro Eloy en el caso de dar explicaciones sobre cuanto en este particular se le pregunte, siendo la personificación de una completa higeografía contemporánea. Pero no se crea por esto que su génio es adusto, ni incapaz de incomplacer, ni de guardar secreto á los que se han puesto bajo su amparo, y han tenido la perspicacia de interesarle. A buen seguro que nadie sino él, sabe que el rosario que compuso á la Señorita del cuarto principal, el martes de Carnaval, volvió envuelto en un papel arrugado é insignificante, al parecer, pero en el que el Baroncito de Puerto-nuevo la pedía concurriese á Villahermosa, donde tenían altos negocios que tratar; ni que el mismo Baroncito á punto de ser pillado *in fraganti* cuchicheando inocentemente con su adorada, había hallado puerta de salvación en el cochirivivil del rosariero.

Por fin, sería nunca acabar, si hubieramos de hacer mención del Ciego, que en la puerta de las loterías, anda siempre *vendiendo la fortuna que tiene en la mano*, sin poderla siquiera pellizcar para sí; del que al son de destemplada vihuela, reza la oración de Santa Lucia, que nunca quiso escucharle tornándole la vista; del que vende el *Almanake y Calendario nuevo*, las coplas de Calalods y la relación del toro que entró por la puerta de la Campanilla; del que pide una bendita limosna para *padre, madre y niño ciegos*; de los que en cuadrillas van á tientas, gritando desatentados, *suplemento de la Imprenta Nacional, que acaba de el salir ahora*; del que á son de tambor y no con gran

decentia enseña *tutti gli mundi*; y tantos otros que de diversas maneras tratan de ganarse la manducatoria lo mejor posible; por lo cual terminaremos este artículo tributando los merecidos elogios al Colegio de Ciegos que ha establecido en esta capital la Sociedad Económica Matritense, cuyo objeto es sacar á esta desgraciada porción de la humanidad, del aislamiento en que yace, proporcionándole una sólida instrucción, y haciéndola capaz de conocer las ciencias y aun las artes materiales, de que hasta el presente se encontró privada; siendo buen testimonio de lo que en este caritativo y filantrópico establecimiento se adelanta, la interesante Isabel de Diego, cuyos progresos en el conocimiento de su idioma y del francés, en la Geografía, Aritmética, etc. su pausada pero sentida lectura en ambos idiomas, así en prosa como en verso; la espresión que dá á sus tocadas en el piano y el acordeón y otras muchas habilidades, son el pasmo de cuantos han visitado el Colegio, y el mas cumplido elogio de su digno Director.

R. M. BOULET.

VIAJES.

Viaje á Africa en 1842. (1)

II.

Después de haber referido en nuestro anterior artículo una parte de las mas notables novedades de Argel, seguiremos ahora el hilo de nuestra narración.

Verificanse allí los matrimonios de los indígenas, con unas ceremonias sumamente raras y desconocidas para los europeos. El turco que quiere casarse, envía como de oficio á uno de sus parientes á casa del padre, y á falta de este, á casa del deudo mas cercano de la mujer á quien ama. Pedida formalmente la mano de esta al padre ó á su representante en la familia, este contesta que ha menester de algunos dias para reflexionar asunto de tanta importancia. Fu seguida se reúnen los parientes mas próximos de la novia, y discuten entre ellos, si conviene admitir ó desechar la demanda. Si se resuelven por la negativa, dejan al pretendiente sin respuesta, y asunto concluido; si la proposición es aceptada, se comunica con la mayor alegría esta noticia al novio antes de pasar quince dias. Arreglado así el matrimonio, se combinan en el término de un mes las condiciones de intereses entre el pretendiente y los parientes de la prometida, en cuyo caso se fija el dia de la boda, dando conocimiento de ello á la futura, la cual hasta este momento ignora completamente cuanto se trata sobre su suerte.

Desde entonces comiénzase á amueblar, con todo el lujo oriental, la habitación en que debe dormir la esposa, después de celebrado el matrimonio. Colócase en ella una cama de hierro dorado, tan sumamente baja, que casi toca al suelo. Los colchones son de raso turco color de escaurata, adornados con franjas de oro y rellenos de finísima lana berberisca; las almohadas y

(1) Véase el núm. 20.

colchas están igualmente galoneadas de oro; pero donde se ostenta mayor lujo, es en las cortinas del lecho, y en las demas colgaduras de la habitación, cuyos adornos son tan ricos y tan cargados de oro y plata, que apenas se pueden mirar sin quedar uno deslumbrado. Finalmente, el suelo está cubierto de almohadones bordados, colocados algunos junto á la cama, y otros al rededor del cuarto, con el objeto de servir de asiento el dia siguiente de la boda á las parientas de la esposa, que vienen espesamente á visitarla y darle la enhorabuena. Entretanto, y á aquella misma hora, debe hallarse el marido en otra habitación igualmente adornada, para recibir los parabienes de sus mas íntimos amigos, y de sus parientes varones, que van á visitarlo.

De todos estos usos singulares, ninguno es mas curioso y peregrino, que la visita que acostumbra á hacer el esposo á los parientes de su mujer, pocos dias antes del casamiento. Recibiente estos con la mayor atención y con todas las muestras de la mas viva alegría y confianza, en un cuarto contiguo al de su prometida. Apenas entra, vá á sentarse en una especie de sofá colocado al intento, en donde le ofrecen café, y despues una gran pipa, cuyo mango está forrado de galon de oro, y de cuya punta cuelga una borla encarnada. Mientras está el novio fumando y platicando con los futuros parientes, ábrese repentinamente una puerta que cubre una blanca y finísima cortina, por donde se trasluca el interior de la habitación de la novia, la cual ricamente vestida se ve pasear muy junto á la puerta. Sirve esta ceremonia para suponer que los esposos se han conocido lo bastante, y á los pocos dias se celebra el casamiento.

No nos parece enteramente inoportuno advertir que estas ceremonias se observan únicamente en los matrimonios de la gente distinguida, y no en los de la plebe, porque en estos cada cual se atiene á sus facultades, sin cuidarse de todos aquellos pormenores.

Digamos ahora alguna cosa de los judios argelinos, cuyas costumbres ofrecen al viajero no menos asuntos de observacion que los turcos. Su traje es igual al de los musulmanes, diferenciándose solo en el turbante, en donde llevan liado un cordon azul, para distinguirse de los turcos que no lo usan. Las hebreas conservan todavia su vestido á la antigua usanza judaica; compónese este de una especie de túnica morada con franjas de oro en el pecho, de un velo que se desprende debajo del brazo y vá sugeto con un nudo detras de las espaldas, de un pañuelo que á manera de faja pasa por el cuello, y cubriendo la barba y parte de la boca se ata encima de la cabeza; y finalmente de un par de zapatos de piel de color de rosa, ó de paño bordado, que apenas cubren los dedos del pie, y que por no tener telones, tienen que llevarse casi arrastrando.

Cuando muere un hebreo, sus parientes vacian toda el agua que hay en las fuentes y en los vasos de su casa, creyendo firmemente que el ángel de la muerte ha sumergido en ella su espada en el acto de cortar los dias del difunto. Agrégase á esta supersticion otra mas ridícula aun. Los que acompañan al cementerio el cadáver de un judio, tienen por fatal agujero,

que un perro en el tránsito pase por debajo del féretro. Cuando esto sucede, vuelven atrás y conducen el cadáver á su casa, para trasportarle de nuevo al siguiente dia al cementerio; y si por casualidad viene otro perro á repetir la imprudencia del primero, vuelven los judios á la misma operacion que el dia anterior, de tal manera, que muchas veces la policia se ha visto en la necesidad de emplear la fuerza para hacer enterrar prontamente algunos cadáveres, que habian vuelto á su casa por tres ó cuatro veces.

Cuando un cadáver de estos viene acompañado por la polloía para apresurar su entierro, suele suceder que muchos jóvenes árabes y franceses, se esconden con grandes perros en el camino por donde debe pasar aquel, y apenas ven venir á lo lejos la fúnebre comitiva, los sueltan violentamente dándoles golpes para que pasen por debajo del féretro. No contentándose con esto, siguen por todo el tránsito echando pan á aquellos animales, haciéndoles ladrar y brincar al rededor del muerto, de manera que se ha visto muchas veces á los judios irse á enterrar con el cortejo de veinte ó treinta perros, animados de la mas viva alegría, haciendo cabriolas, y peleándose por ver á cual tocaba el mayor pedazo de pan.—Volvamos ahora otra vez á los árabes musulmanes.

Los argelinos ya adultos, revelan en su fisonomía un fondo de estupidez, hija de la larga esclavitud en que yacian, pero no se puede decir lo mismo de los jóvenes nacidos bajo el dominio francés, porque estos muy al contrario que sus mayores, manifiestan ingenio, agudeza, vivacidad y talento. Para confirmar nuestro aserto, referiremos algunas anécdotas.

Un dia, rodeados de algunos soldados franceses, estaban bebiendo dos jóvenes árabes en un almacen de vinos y licores, y uno de ellos dijo á estos en tono de burla: «¡Bonito modo de observar la ley del Profeta, que os prohíbe beber vino, y os estais emborrachando!» A lo cual respondió uno de los árabes: «Teneis razon en decir que estamos cometiendo un gran pecado, pero á esto y mas nos lleva el mal ejemplo; como vemos que vosotros los franceses siempre estais borrachos, creamos por no parece mal, y que debemos emborracharnos lo mismo que vosotros.»

En Argel, como en todos los países turcos, el Mufti ó sacerdote de la ley, sube de dos en dos horas á una pequeña torre, que está encima de la mezquita, y con grandes y fuertes gritos llama á los musulmanes á la oracion. Un dia de verano por la tarde un joven árabe se puso arrimado á la pared de una casa en frente de la mezquita, fijando atentamente la vista en el Mufti, mientras gritaba, cuando un europeo viéndolo al parecer tan admirado, le preguntó: ¿qué era lo que estaba contemplando? Señor, le respondió el árabe, estaba pensando que el Profeta debía tener muy poca confianza en la devocion de los musulmanes y en su memoria, habiendo dejado escrito que uno de sus sacerdotes, aunque nieve ó truene, haya de estar fastidiándose y fastidiándonos, gritando como un poseido de dos en dos horas, para decirnos siempre una misma cosa.

Las mugeres argelinas tienen una fisonomía muy animada, ojos negros muy expresivos, y el cuerpo pequeño aunque esbelto y ligero: tienen por costumbre teñirse las cejas con un negro azul, y pintarse lunares en el rostro. A primera vista agradan sobremedera, pero según se las trata y se las habla, la ilusión va decayendo, porque su conversacion es sumamente fría é insípida, á causa de estar acostumbradas á vivir siempre encerradas y tratadas como esclavas por los hombres: así es que tienen entorpecidas sus facultades morales, y carecen completamente de aquellas maneras y coquetería que tanto seducen en nuestras mugeres.

Las argelinas no salen á la calle sin cubrirse el rostro con un velo, en el cual únicamente dejan dos agujeros bajo la frente, para poder ver con comodidad. Las turcas, lo mismo que las hebreas, si son casadas ó vindas, llevan en la cabeza una gorra piramidal de media vara á lo menos de larga, y tejida de finísimos alambres.

Los árabes que habitan fuera de Argel y cerca del desierto, se llaman beduinos errantes, porque viven en tiendas ambulantes, que llevan al sitio que mejor les parece. El carácter de estos hombres es feroz; y solo se visten con una casaca de tela muy ordinaria, y un manto de lana blanca con una larga capucha. Al divisarlos de lejos cuando vienen muchos juntos, parecen otros tantos frailes de la merced, cubiertos con sus hábitos. Estos son los mismos que hace catorce años han estado y están todavía desafiando el valor francés bajo las órdenes de Abd-el-Kader.

Para resumir en pocas palabras nuestro pensamiento, y concluir nuestro trabajo, diremos lo siguiente: Argel conserva gran parte de las costumbres turcas; todavía existen entre los indígenas los gérmenes, aunque algún tanto sofocados, de la barbarie antigua; y los viejos no han podido sacudir la superstición y estupidéz de sus primeros tiempos. La ciudad conserva en su parte superior señales de la forma morisca; la parte baja, nuevamente fabricada, es enteramente europea. Habitan en ella casi todos los extranjeros de Argel; en ella se ven grandes y magníficos cafés, en que todas las noches se canta en francés y en italiano, y se dan bailes y se representan farsas; en ella están el teatro italiano y muchos teatrillos particulares, en que se hacen comedias francesas y españolas, porque son muchos nuestros compatriotas establecidos en aquel punto; en ella está la plaza del Gobernador, adornada de suntuosos edificios, que dá al puerto edificado por los franceses, el cual aunque no está enteramente concluido, ni es muy seguro, sin embargo, está siempre lleno de buques.

Argel situada á 6.º 43 long. E. y 36º 48 lat. N. ofrece casi siempre una atmósfera tranquila, y un cielo apacible y sereno; la campiña de los alrededores de la ciudad verde y florida, deleita y encanta la vista del viajero, mas es lástima grande, que tanta belleza no esté coronada por un clima enteramente saludable, porque la proximidad del desierto, envía de cuando en cuando miasmas insalubres, que producen continuas calenturas, y postracion en las fuerzas.

Lo mismo que hemos dicho de la ciudad de Argel respecto á la mezcla de costumbres árabes y europeas, puede decirse de las demás ciudades de toda la Regencia, las cuales bajo el dominio francés, van de dia en dia soltando su rudeza, y caminando hácia la civilización europea.

SALVADOR COSTANZO.

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ITALIANA.



Felipe II.—Cuadro de Tiziano Vecellio. (I)

Tiziano, cuyo pincel dió á Carlos V tres veces la inmortalidad, por servirle de la palabra del mismo Emperador (1), retrató con no menos exactitud á Felipe II, hijo y sucesor del mismo en el Trono de España. Nadie desconocerá en el presente cuadro á aquel Príncipe, temido de propios y extraños, no menos sagaz que reservado, constante y aun teoz; y añadiremos inflexible en sus resoluciones, amante del trabajo, severo en la administración de justicia, inteligente en las artes, apreciador de las ciencias. Figúrole Tiziano con expresión característica, puesto que no dice bien con su poca inclinación á mostrarse en el campo de batalla, la armadura de acero con que le viste. Preséntale en pie junto á una mesa, cubierta con un tapete de

(1) Copiamos la esplicacion dada de este cuadro por el Sr. Museo y Valiente, en la Colección litográfica publicada por el Sr. Madrido.

terciopelo carmesí, que sostiene las manoplas y el morion, sobre el cual pone el Monarca la mano derecha, asiendo con la izquierda la espada. Lleva Felipe el toison al cuello, jubon, gregüescos, calzas y zapatos blancos, de cuyo color es también la pluma del yelmo. El campo es de fábrica, con un pedestal é imoscapo de columna, sobre base ótica. Es bueno y correcto el dibujo de la figura, bien plantada y bien destacada, y es acorde y verdadero el colorido. Denota el artífice con maestría la naturaleza de las cosas, ejecutando con suavidad y delicadeza las finas ropas, y con brio el acero, donde los toques indican muy bien la reflexión de la luz. Es tal la fuerza y al mismo tiempo la transparencia del metal, que diríamos compite con la verdad misma. En general toda la obra tiene jago y brillo. Pero en lo que mas campea la destreza y gusto esquisito del pintor, es en el modo de representar la carne, en las tintas con que á nuestros ojos parece que circula la sangre por las venas, siendo sobre todo admirable la perfección con que está pintada la mano izquierda del augustó personaje. Conócese que hizo Tiziano con mucho estudio este cuadro, en especial por lo muy concluidos que dejó los ricos adornos de la armadura. Hállase en el Real Museo; tiene 6 pies y 10 pulgadas de alto, y 3 pies y 11 pulgadas de ancho.

JOSE MUSSO Y VALIENTE.

REVISTA DE TEATROS.

MES DE JUNIO

PRINCIPE. *Guillermo Tell; El crisol de la lealtad*: CRUZ. *La coja y el Encojido; La mejor razon la espada*: CIRCO. *El Barbero de Sevilla, Saja, Beatrice di Tenda, los Puritanos.*

Menores en número, pero de mayor bulto que las de Mayo último, son las novedades que han presentado los teatros durante el mes transcurrido: cuatro piezas originales se han representado sucesivamente, produccion de cuatro ingenios dramáticos de los de mayor autoridad y prestigio, si prestigio pueda caber en estos tiempos de anarquía y de indiferencia literaria. La mayor parte de ellas no han hecho sino confirmarnos en las observaciones que espusimos en la Revista anterior, acerca de la decadencia de nuestros ingenios, ya sea por agotamiento, ya por falta de estudio, y acerca de la progresiva indiferencia del público, cosas que van entre si enlazadas, aunque no decidiremos cuál de las dos sea la causa de la otra, y cuál el efecto.

Solo el nombre de Gil y Zárate podia hacer disculpable el arrojó de acometer un asunto popularizado por la ópera de Rossini, é imortalizado por la pluma de Schiller, y que por tanto carecia de novedad é interés para los que solo van á buscar acontecimientos en el teatro, al paso que la parte del auditorio literata é instruida, tenía ocupada la imaginacion con la colosal figura del Guillermo Tell alemán. Las tragedias clásicas por perfectas que sean, como mas reducidas

en su plan y en sus dimensiones, dejan tal vez que espigar en el mismo campo, y algo bueno que decir todavia; así se han hecho tantos Edipos, tantas Fedras é Ifigenias; pero despues del gran drama, del gran poema de Schiller (pues no sabemos que nombre darle) no es posible mas que un Guillermo Tell; un Tell modesto al par que resuelto, que se entrega á sus pacíficas tareas sin entrar en conspiraciones, que no se subleva por sentimientos de independencia sino de paternidad, que antes de apuntar á su hijo ruga y se estremece ante el tirano, porque es padre antes que ciudadano, que ama á su patria como pastor de los Alpes, no como Bruto, mucho menos como patriota, y que parece ignorar su destino y su grandeza. ¿Es este el mismo Tell, que se llena la boca con los nombres de libertad é independencia, que desde el primer acto dice á Gessler, que abrasará su cabaña antes que entregársela, que pronuncia un discurso digno de unas cámaras en la asamblea nocturna, que se entretiene en insultar á lo último á un tirano, tan débil y cobarde, que casi dá lástima, y que conseguida ya la victoria le asesina friamente como á una víctima atada. ¿Es esta aquella muerte providencial y casi inspirada cuyo misterio se revela en las palabras del Gessler, de Schiller « al caer herido: «este es el tiro de Tell?» La misma exageracion tribunicia desfigura los demas personajes de la pieza española, pero en ninguno mas chocante que en Barta, la esposa de Tell, y toda la rapidez y valentia del diálogo que tiene en el primer acto con su marido, no basta para atenuar el disgusto de verla convertida en espartana. En una palabra, hubiéramos preferido una traduccion del Guillermo Tell alemán, hechas las modificaciones que requiere la estrechez de nuestro teatro, á una imitacion libre; nada mejor á nuestro entender que las escenas de la manzana y de la asamblea nocturna, en que mas tomó de Schiller el Sr. Gil; nada peor que el cuarto acto en que mas se apartó de su modelo. Robusta y florida versificación se necesitaba para suplir la falta de novedad del asunto, y los defectos del plan; grandes y nobles pensamientos debian revestir su obra, y la revisten en efecto, aunque algo alejados también de la sublime sencillez de Schiller. La ejecucion fue muy desigual por parte de los actores, siendo dignos de admiracion la Sra. Díez y el Sr. Romea en la escena de la manzana, que hacia mas interesante la circunstancia de ser la víctima el niño mas lindo que hemos visto, nada menos que la Sra. Lamadrid.

El *Crisol de la lealtad*, es una feliz escepcion del hecho general que asentamos al principio, es á nuestros ojos un paso de progreso, y no dudamos preferirla á la *Morisca de Alajuar*, y hasta á los *Solaces de un prisionero*; hay en ella mas interés, mas novedad, ménos monotonía de duelos, citas y tapadas, ménos afectacion de imitar la escuela de Calderon, escollo principal de las obras dramáticas del Duque de Rivas. Oido el primer acto, ó sea jornada, nos pareció que iba á desplegarse un drama alemán en toda su estension de proporciones y su riqueza de afectos é incidentes; un caballero, que á instigacion de un ambi-

cioso monge griego, profana sus nobles canas con la impostura, tomando el nombre del difunto Alfonso I de Aragón; la lealtad de su hijo, principal campeón de la Reina legítima, el amor que profesa este á la hija de Torrella, apoyo del usurpador, el amor que siente la Reina por su adalid en el secreto de su corazón: todo esto dá lugar á tantas y tan bellas situaciones, que nuestra imaginación vagaba por ellas con gusto complaciéndose en adivinarlas. Desgraciadamente quedaron en parte fallidas nuestras esperanzas, pues los caracteres no quedan bien marcados, los afectos no se desarrollan como convendría; y á escepcion de dos escenas del acto segundo, aquella en que la Reina quiere aventurarlo todo por salvar á su campeón, y aquella en que este reconoce en el impostor á su padre; á escepcion de la muerte del anciano y de la escena final en el tercer acto, todo lo demás nos pareció inconducente, descuidado y hasta á veces inverosímil. El tonto Berrió con todas sus gracias y su intervención en la acción, se nos hizo muy impertinente (y eso que Guzmán desempeñaba el papel) y al abad Mauricio, cuyo carácter nos parece literariamente de los mejores, no le quisiéramos monje, no le quisiéramos ministro del Altísimo, aunque griego. Pero bien pueden perdonarse estos y otros lunares, si lo son, en cambio de las citadas escenas, en cambio de los nobles sentimientos y del sabor caballeresco que reinan en toda la obra; y sobre todo, en cambio de aquel final en que la Reina Petronila ahogando su amor siempre oculto, entaza á los dos amantes, dejando en el ánimo un aroma de virtud y de suave melancolía. La Sra. Díez se mostró llena de dignidad y de expresión, y el Sr. Noren y el Sr. Ronea arrancaron aplausos en la escena de la muerte del impostor.

Nunca habíamos ido al teatro mas desosos de aplaudir que la noche en que se representó *La coja y el encajado*, para indemnizar al Sr. Hartzembusch de la severidad con que no pudimos menos de juzgar sus piezas anteriores; pero el Sr. Hartzembusch continúa escribiendo obras *sin pretensiones*, el que tantas podría tener: ¡desgraciado del que pierde la ambición! No le haremos un cargo por haberla escrito en prosa; pero alguna gracia mas en el diálogo no hubiera estado de sobra, al menos uno se rie. Reñmos tanto en la piececita siguiente: *Por no escribirte las señas!* y tampoco tiene pretensiones.

No nos es posible analizar la comedia del Sr. Zorrilla, titulada *La mejor razon la espada*, y refundida de otra antigua de Moreto *Las travesuras de Pantoja*, por una razón muy sencilla, y lo diremos por mas que nos cuesta decirlo, porque no hemos podido leer la de Moreto, porque en nuestra biblioteca nacional es de saber que falta una edición completa de las obras del gran dramático español, y de otros no menos famosos del siglo XVII. Ceñidos por tanto á considerar en sí aisladamente la obra del Sr. Zorrilla, aprobamos mucho en general la idea de las refundiciones, pero deseáramos que siendo tan vasto el campo en el teatro antiguo, se escogieran producciones de mayor mérito que el que parecen tener *Las travesuras de Pantoja*,

pues ó bien el Sr. Zorrilla tuvo en su refundición un desacierto, que no podemos suponer de su talento, ó la trama es de lo mas lánguido al par que disparatado, careciendo hasta de aquel enredo y bien tejida combinación que en nuestros dramáticos antiguos suplén á menudo otras cualidades. Así que, no sabemos á quien atribuir los defectos de la acción y de los caracteres, si á Zorrilla ó á Moreto, ni á quien agradecer los chistes numerosos y de buena ley, de que estan empedrados, por decirlo así, muchos diálogos, sin cuya gracia y sonora versificación sería la comedia insostenible. El Sr. Lombía desempeñó con acierto el papel del gracioso Guijarro, único carácter, único personaje que hay en toda la pieza.

En el Circo se han representado óperas cuyas particiones són ya en extremo conocidas, tales como el *Barbero de Sevilla*, la *Safa*, la *Beatrice di Tenda*, y los *Puritanos*, y en todas adquirió nuevos títulos de gloria el Sr. Salvatori, que es sin disputa el héroe de la compañía, en papeles entre sí tan diversos, y en casi todas le acompañó en el triunfo la Sra. Gariboldi, brillante adquisición hecha por la empresa del Circo. Mucho sentimos que no saliera tan á gusto como las otras la *Beatrice*, que anhelamos ver repetida, pues por su originalidad y sentimiento la miramos con cierta predilección: y si es cierto que fue, como se dice, la última obra de Bellini, no dudáramos llamarla el canto del cisne.

DAVRED.

MISCELANEA.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS MORALES.

Los poetas han fingido que Aquiles era solo vulnerable en el talon. Aquiles no es mas que el símbolo de todos los hombres extraordinarios. Por muy perfectos que hayan sido, por mas esfuerzos que hayan hecho para elevarse sobre la condicion humana, siempre les ha quedado una parte vulnerable; y casi siempre es un *Paris*, alguna alma vil, baja y cobarde la que la descubre.

DIDEROT.

Así como la llama de una antorcha tiene siempre á elevarse, de cualquier modo que se la ponga, así el hombre cuyo corazón inflama la virtud, cualquier accidente que le suceda, se dirige siempre hácia el objeto que le indica la sabiduría.

PROVERBIO INDIO.

No hay pícaro que no pueda ser útil para algo.

J. J. BOUSSEAD.

El carácter es lo que distingue un alma de otra, su diverso modo de ser. Los hombres sin carácter son rostros sin fisonomía.

BUCCLOS.

La naturaleza que solo nos ha dado un órgano para la palabra, nos ha dado dos para el oído, enseñándonos así, que debe escucharse mas que hablar.

NABI EFFENDI, poeta turco

ARMERIA REAL DE MADRID. (1)



ESPAÑA DE GONZALO DE CORDOBA.

Justo es honrar la memoria de los grandes hombres, que han ilustrado el nombre castellano, y á esto debemos sin duda el haber conservado la espada, cuyo dibujo presentamos, de Gonzalo de Córdoba, llamado por sus enemigos, y lo que es mas aun, por sus contemporáneos, el Gran Capitan. Esta arma no es la que usaba Gonzalo en las batallas; parece mas bien por su riqueza, que era una espada de corte; es notable ademas por su forma, que indicaría por sí misma la época, aun cuando la inscripcion que se lee en el puño no probase auténticamente, que perteneció al vencedor de Carlos VIII y de los moros.

Esta espada es célebre en España, no solo por su origen, sino por la ceremonia, para la cual se saca solemnemente de la *Armería Real*, y en la que se ha empleado hasta nuestros dias. Hablamos del juramento prestado al Príncipe de Asturias ó á la Princesa heredera del Trono, juramento que á cada nuevo reinado prestan los dignatarios y grandes del reino sobre esta espada, á fin de indicar sin duda, que los que van á comprometer su fé, deberán ser fieles á su palabra como el Gran Capitan lo fue á su Soberano, ó como

(1) Segun ofrecimos en el número 9, principiamos á dar los objetos curiosos que se hallan en la Armería Real.

un brillante homenaje rendido al símbolo del valor que llevó en otro tiempo el héroe de las *Jeguas*. (2)

El honor de tener la espada de Gonzalo durante la ceremonia de que acabamos de hablar, es hereditario y pertenece á la ilustre familia de los Duques de Frias, cuyo gefe actual ejerció este privilegio en 1833, cuando el advenimiento de Isabel II al trono.

Gonzalo (Hernandez y Aguilar) uno de los mas célebres guerreros españoles, nació en 1443 en Montilla, pequeña ciudad del reino de Córdoba; murió en 2 de Setiembre de 1515, en el reino de Granada. Puede consultarse para su vida, la *Crónica de Hernando del Pulgar*, impresa en Alcalá en 1584.

CIENCIAS NATURALES.

Los Terremotos. (3)

El 1.º, 11 y 29 de Marzo del mismo año 1756, hubo nuevos sacudimientos en Lisboa; el 13 de Abril, en Venecia, el 26 en Picardia, el 30 en la misma provincia y en Paris, y en Lisboa otras dos veces en Abril y Mayo. El 3 de Junio sintióse un fuerte sacudimiento en Colonia, Bruselas y otras muchas ciudades de los Países Bajos. Por último, en Agosto de 1756, los habitantes que se habian librado de los desastres de Lisboa, lo mismo que la familia Real de Portugal, permanecian acampados en tiendas.

En 1759 hubo fuertes terremotos en Palestina, y se sumergió la ciudad de Betulia con todos sus habitantes. Gran parte de Constantinopla fue destruida por un terremoto en 1765, y las islas Curillas lo sufrieron en 1780.

La isla Formosa, á consecuencia de sacudimientos subterráneos, quedó cubierta por las aguas, pereciendo un millar de individuos en 1782.

El 5 de Febrero de 1783, sufrió la Calabria 61 sacudimientos, que duraron hasta el mes de Mayo; pero los mas fuertes fueron el 5 y 27 de Febrero, y el 1.º y 28 de Marzo, destruyendo los del 5 mas de la mitad de la ciudad de Meciua. El 1.º de Agosto de 1783 destruyó un terremoto gran parte del Japon, y principalmente la provincia de Siuano. En 1784 Meciua fue destruida nuevamente por un terremoto y en el mismo año la ciudad de Archindscan, en Turquía, se sumergió con 12,000 de sus habitantes. Un sacudimiento terrible espantó la Toscana y Méjico, donde causó grandes males en 1785, y el 1.º de Agosto de 1786, se percibió en el Norte de Inglaterra; el que hubo en la isla de Sta. Lucía el 12 de Octubre de 1788, causó la muerte á mas de 900 personas.

(2) La batalla de las Jeguas fue ganada por los españoles contra los moros de Granada en 1492. Gonzalo de Córdoba, que mandaba en ella una compañía de gentes de armas, se distinguió por su valor, y contribuyó eficazmente á la victoria.

(3) Véanse los números 18, 19, 24 y 25.